Papá sabe lo que es mejor

KATHA POLLIT

En su ensayo de 1989 "The End of History?" (¿El fin de la historia?), Fukuyama argumentaba que la democracia liberal capitalista era la etapa final de organización política a la cual todo el mundo tendía. Hoy parece claro que la historia continúa sucediendo, impulsada por energías familiares –nacionalismo, fanatismo religioso, la voluntad de poder de los hombres poderosos, las drásticas desigualdades entre las naciones, los ciclos económicos de auge y decadencia. Fukuyama regresa impávido con otra idea. Pronostica que el creciente poder político de la mujer en los países ricos de Occidente los inclinará contra la guerra porque la evolución ha hecho de la violencia, la agresión y la competencia por el estatus dispositivos que componen la naturaleza masculina y no la femenina. Si sucede con los chimpancés, entonces también con los humanos: de los machos chimpancés rivales, haciéndose pedacitos uno al otro, hay sólo un paso a los famosos violentos yanomamó del Amazonas, y antes de que nos demos cuenta ya estamos en los familiares –las principales matanzas del siglo– Holocausto, Ruanda y Bosnia.

Sin embargo, Fukuyama advierte que este pacifismo femenino es peligroso para el Occidente. Otras partes del mundo, donde del infanticidio femenino y el aborto por selección sexual resultará una población mayormente masculina, se volverán más belicosas. ¿Se levantarán las mujeres occidentales ante el desafío de la saturación de testosterona en Asia? ¿Y qué de las mujeres en el ejército? Si los hombres están genéticamente destinados a aliarse con otros hombres y a competir eternamente por las mujeres, ¿las unidades mixtas del ejército degenerarán en una caldera del diablo con camuflaje?

Para argumentar en favor de su historia de las cosas que están por venir, Fukuyama despliega su mapa ideológico. Recurre a los "psicólogos evolucionistas" para retratar a los hombres como la fuente principal de la violencia humana, pero ignora lo señalado por otros teóricos de que la dominación masculina y la aceptación femenina han sido características propias y permanentes de la naturaleza humana. Se burla de las feministas radicales por soñar en que los hombres pueden ser socializados para que sean más humanos, pero imagina simultáneamente que este hombre irreformable dejará a las mujeres conducir el barco apaciblemente por aguas tranquilas. Proyecta al futuro prácticas actuales que se ajustan a su visión sin reconocer la posibilidad de que esas prácticas puedan cambiar. ¿Resulta tan obvio que las mujeres asiáticas seguirán abortando los fetos femeninos dentro de veinte años después de que una generación de hijitos consentidos no pueda encontrar esposas? ¿Podemos estar tan seguros de que Europa y Japón, ante el rápido envejecimiento de su población, se quedarán así nada más? Es posible que estas arrugadas naciones se vuelvan más favorables a la emigración, corno los Estados Unidos. En realidad, Francia, Italia y España están experimentando ya una enorme presión en la medida en que crece la inmigración ilegal de Europa y África. El nuevo gobierno alemán ha suavizado los requerimientos para ser ciudadano, haciendo ver que la xenofobia no es la única respuesta al cambio demográfico.

La psicología evolucionista no tiene sentido

¿Qué es lo que está mal en los argumentos de Fukuyama? Casi todo. Primero, dice que la ciencia ha descubierto las raíces genéticas del comportamiento humano. Esto es bastante falso; la "psicología evolucionista" es sólo una teoría. Realmente no es el caso de que "no pase una semana sin que se descubra un gene relacionado con alguna enfermedad, condición o comportamiento", pero también es realmente cierto que no pasa una semana sin que alguien proclame haber descubierto tales genes. Nadie le discute que las enfermedades pueden tener un componente genético, ¿pero los comportamientos? Ha resultado que el muy publicitado "gene del alcoholismo" no existe, lo cual debería hacer que Fukuyama fuera más cuidadoso con esas afirmaciones precipitadas. De hecho, no se ha descubierto ningún gene que por sí solo determine un comportamiento social humano; hay un largo camino de la fibrosis cística a la infidelidad matrimonial. Y aún no se ha empezado a demostrar que una parte compleja del comportamiento humano, como la violencia o la competencia, puedan reducirse a un cromosoma X o Y.

Las teorías de los psicólogos evolutivos son populares en los medios, que adoran las historias que sugieren que las feministas están hablando desde un lugar erróneo y que la igualdad de los géneros es un proyecto destinado al fracaso. Pero Fukuyama se equivoca al sugerir que la psicología evolucionista está ganando terreno en la ciencia. Tiende a nombrar a las personas con las que está de acuerdo, mientras se refiere vaga y condescendientemente a sus oponentes ("feministas radicales", "muchas feministas", "posmodernistas"). Sin embargo Stephen Jay Gould, Richard Lewontin, Steven Rose y muchos otros científicos han fabricado muy buenos argumentos, no fundamentados en la ideología sino en la biología, en contra del determinismo genético. No es alentador que Fukuyama no parezca familiarizado con su trabajo.

Fukuyama argumenta que los hombres son más violentos que las mujeres. Puede que algún día nos dé evidencias reales de que es una tendencia más biológica que social. Pero incluso si las mujeres son menos violentas en forma innata, son lo suficientemente violentas como para poner en tela de juicio la afirmación de Fukuyama de que mayor poder político femenino podría significar más paz. Las mujeres cometen infanticidio, abusan y matan niños, mutilan los genitales de las niñas pequeñas, y tiranizan cruelmente a sus hijas, a sus nueras, sus sirvientes y a sus esclavos. Es también conocido que alientan y defienden la violencia de los hombres –incitando las vendettas personales, familiares y de las pandillas, culpando a las víctimas de las violaciones y a las esposas golpeadas, etcétera. Históricamente, las culturas organizadas alrededor de la guerra y que hacen alarde de crueldad han tenido toda la cooperación femenina: las mujeres espartanas y romanas eran famosas por su valor "viril". ¿Estaban las mujeres vikingas en las playas escandinavas rogando a sus esposos que no saquearan Francia? ¿La mujeres europeas premodernas rehuían las ejecuciones públicas y las quemas de brujas? Corno lo sugieren estos ejemplos, incluso la definición de la violencia origina preguntas: el mismo acto puede ser visto como moralmente malo, psicopático, glorioso o rutinario, dependiendo de su contexto social.

Cuando llega a organizarse la violencia del Estado –guerras, ejecuciones, esclavitud, etcétera– el pacifismo femenino es un fenómeno eminentemente moderno. Entonces,

¿puede ser genético? Ustedes podrían decir que las mujeres exploradoras, las viajeras, y las corresponsales extranjeras prueban que las mujeres han adquirido un gene supuestamente masculino "para la aventura". (Está claro que Fukuyama realmente nunca ha tratado de imaginar un hombre norteamericano de clase media que vea cine extranjero o pruebe la nouvelle cuisine.) Y en cuanto a su afirmación de que la competencia por el estatus en un grupo es una característica masculina, ¿qué Fukuyama nunca fue a la prepa? Las chicas y las mujeres no llegan a tanto como hacerse pedazos unas a otras, pero claro que compiten por el estatus, a través de la ropa, el dinero, los novios, la popularidad, el coqueteo y los clubes. "Impresionar a los vecinos" es una forma de competencia femenina; es llevar a tus hijos a una escuela muy cara, ser amante de o casarse con un hombre famoso. Fukuyama concede que todo esto es probablemente por sus características sexuales, cada género cae en una de las curvas de la gráfica y éstas la mayoría de las veces coinciden. Esto contradice su afirmación de que los hombres son violentos y competitivos y las mujeres no. Si la mayoría de los hombres y las mujeres caen en el promedio, es difícil ver cómo la diferencia de género puede cargar con toda la responsabilidad que Fukuyama le otorga.

¿Por qué el reclutamiento?

El segundo error del articulo de Fukuyama es argumentar que las cualidades individuales determinan la condición del comportamiento. Para é1 la guerra es violencia personal multiplicada por el número de participantes. Pero éste es un modelo erróneo. La segunda guerra mundial no fue peleada porque muchos hombres impulsivos decidieron invadir Polonia. Tampoco el Holocausto tuvo lugar porque grupos de jóvenes estaban compitiendo por el estatus de haber quién mataba más judíos. La guerra y sus atrocidades están organizadas políticamente desde la Cumbre, por líderes que son, sí, usualmente hombres. Pero generalmente son hombres mayores que no son necesariamente violentos en persona. En los tiempos modernos rara vez luchan; Lyndon B. Johnson nunca empujó personalmente a los prisioneros fuera de los helicópteros. Son los jóvenes los que combaten ¿pero qué tan de buena gana? Si la guerra llama tanto a los genes masculinos, ¿por qué cada una de las principales guerras modernas ha necesitado del llamado a filas? ¿Por qué hoy el ejército recluta con el gancho de sus prestaciones vocacionales complementarias?

Los votantes no hacen la política exterior

Fukuyama argumenta que la guerra y la política exterior están determinadas por los votantes, que son en gran medida mujeres y por lo tanto están en contra de la guerra. Es cierto que las mujeres tienden más que los hombres a oponerse a la guerra –aunque la diferencia es difícilmente tan grande como la explicación genética plantea que tendría que ser–, pero las guerras no se deciden en las urnas. Si así fuera, los Estados Unidos no hubieran entrado en la segunda guerra mundial. Después de todo la mayor parte del electorado masculino eligió a Woodrow Wilson, cuyo eslogan era "El no permitirá que entremos en guerra". En 1964, los votantes eligieron a Johnson ("Busco que no se extienda la guerra") por encima del estupendo-sable Barry Goldwater. Ninguna de las acciones militares subsecuentes en Panamá, Somalia, el Golfo Pérsico o aventuras secretas como la de apoyar a los Contras han sido sujetas a voto popular.

El poder político no es únicamente o principalmente un asunto de consulta a la opinión pública. Muchos estadunidenses están a favor del control del armamento, pero la Asociación Nacional del Rifle gasta millones para que esto no suceda. En el caso de la guerra lo que importa no es lo que los votantes quieran, sino las campañas que contribuyen desde a defender la fabricación de armamento y otros materiales, las relaciones públicas a corto plazo de los presidentes, o los intereses geopolíticos de la nación tal como los interpretan un Henry Kissinger o un McGeorge Bundy (o una Jeane Kirkpatrick o una Madeleine Albright). Una vez que los poderes han decidido, la opinión pública puede ser manipulada para que se adhiera a la postura. Antes de la Guerra del Golfo, los estadunidenses estaban divididos sobre si enviar o no tropas. Las voces en contra de la guerra fueron muy destacadas por los noticieros. Sin embargo, una vez que se enviaron las tropas, los medios suspendieron la discusión y pronto hubo cintas amarillas por todas partes.

Las mujeres norteamericanas han tenido el voto por cerca de 80 años. Pero en ese entonces no tenían maternidad pagada o guarderías, cosas que se daban por sentadas en otros países desarrollados. A la luz de estas fallas, la afirmación de que la mujer transformará pronto, en cualquier momento, la política exterior, en contra de los deseos de quienes tienen actualmente el control se me antoja como una fantasía secundada solamente por la idea de lo que la genética provocará. Es más probable que, en la medida en que las mujeres se involucren más en la política y en los negocios, con todos sus compromisos y recompensas, cualquiera de las modestas inclinaciones que ahora tienen hacia la resolución pacífica de los conflictos sea desplazada por otros factores: la vanidad, el miedo, la avaricia, las percepciones del interés nacional, el deseo de brillar.

El artículo de Fukuyama es tan confuso y contradictorio, tan falto de evidencia real y de lógica, que uno se pregunta de qué se trata realmente. Independientemente de la simpatía que profesa por la demanda de las mujeres de una ciudadanía completa, no sugiere ningún medio para que lo logren en conjunto. El, por ejemplo, no exhorta a los partidos a adelantar listas de candidatos en las que haya un equilibrio genérico, como sucede en los países europeos. En realidad, la única propuesta concreta que hace Fukuyama es la de limitar la ciudadanía de las mujeres restringiendo su papel en el ejército. Las mujeres son ahora sólo el 12% del Congreso y tienen sólo tres gobernaturas, las primeras dos candidatas a la Suprema Corte de Justicia están todavía en la banca, pero a Fukuyama le preocupa que las chicas estén cerca de tomar el poder y conviertan los Estados Unidos en el alfeñique internacional.

Olvídense de feminismo, genética o evolución. Lo que aquí tenemos es básicamente una variante embrollada de dos temas del conservadurismo: cuando van sobre el ejército nada resulta suficiente, y cuando van sobre la política exterior, el padre, y no la madre, sabe que es lo mejor.

La autora es editora asociada de The Nation. Sus ensayos han aparecido en The New Yorker, The Atlantic, Harper's y The New York Times. Es autora de Reasonable Creatures: Essays on Women and Feminism.

Foreign Affairs, enero-febrero, 1999.

Traducción: AGB.

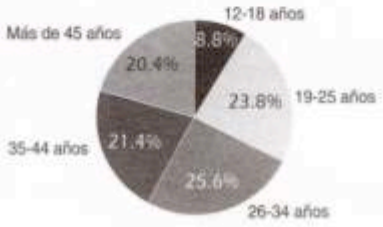
Salud en México
Adicciones

Salud en México

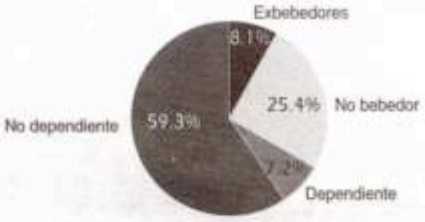
Adicciones

Cambio en los patrones de consumo de tabaco, 1988-1993

Fumadores por grupo de edad, 1993



Patrones de consumo de alcohol



Consumo de alcohol y problemas relacionados con el exceso

1. No consumió más de 4 copas en una sola ocasión.
2. Consumió 5 o más copas en una sola ocasión.

Fuente: *México social. 1996-1998 Estadísticas seleccionadas*, México División de Estudios Económicos y Sociales.